PERITO EN LUNAS

«Perito en lunas". Extraño y gracioso título. Recuerdo la sorpresa que me produjo su lectura cuando el poeta novato, Miguel Hernández, de Orihuela, me envió el libro. Y es que "lunas", con todo el arrastre de romántica poesía que la palabra suscita, aunque el plural la meteorologice un tanto arrimándola al calendario agrónomo y marino, se aviene mal con la pedantería del grado de perito. El único punto posible de confluencia es la idea o palabra implícita de "agrícolas". Y, en efecto, así es. El nuevo poeta venía del agro, y al campo le debe lo fundamental de su inspiración y la razón de ser de su arriscada personalidad artística. Lo otro, el capricho de atar por el rabo esas dos moscas, se lo debe a la fecha, 1932, que sería probablemente la de composición del poema, puesto que se acaba de imprimir en enero del 33 en la capital de la región, si no de la provincia, Murcia.

He dicho poema, y en rigor apenas lo es, sino más bien haz de poesías levemente unidas por una constante intencional y una cierta preferencia por la presidencia de las lunas, ya en sí mismas, ya aludidas como imagen de esto o de lo otro—sandías, cornamentas, navajas—. Y ésta es la primera dificultad que el lector ingenuo se topa al acometer el libro. La de entender que ha de tratarse de un solo poema continuo, a pesar de que cada estrofa, cada octava, lleva su número romano sucesivo. Cierto que en nuestros poemas clásicos había precedentes de este sistema de numeración por estrofas, sobre todo en ediciones modernas, pero en general, disposición tal parece separar más bien que unir.

El poema de Miguel Hernández no se hubiera podido escribir en otra fecha ni en otro momento de su vida de poeta. Nacido en 1910, nace a la afición de las musas bajo el signo de Góngora, celebrado y vindicado cuando cumplía él sus diecisiete años y se enfrascaba en la lectura —otro Rubén Darío—de los tomos del Rivadeneyra. El contubernio de Góngora y Calderón por un lado, y de Alberti y de la *Fábula de Equis y Zeda,* por otro, disparan barrocamente la impetuosa salida y el silbo más alacre que vulnerado del primerizo, que ya en estas sus primeras armas hace vibrar su estro, su tábano poderoso y auténtico, en ondas de inconfundible personalidad imperiosa. Más adelante, apenas dos años han de transcurrir, ya está plenamente formada y decidida la desbocada y fulgurante carrera en plenitud de un gran poeta. A los nombres antes recordados, al que habría de agregar el de Jorge Guillén, se suman y entreveran ahora los de Lope y Quevedo y los de Lorca, Neruda y

Aleixandre. Pero Miguel se incorpora toda inicial influencia con tal asumidora personalidad, que queda su poesía triunfante y novísima, su metal de voz hirviente y sonoroso, su ritmo propio y restallante campeando en el cielo de la mejor poesía española.

No es esencialmente creada la poesía de "Perito en lunas": es, como en Góngora o en Guillén, alusiva y antianecdótica, aspirante a la poetización por la esencia en un proceso que marcha de lo concreto a lo abstracto. De donde se deduce que para gozarla plenamente hay que entenderla, y para entenderla, hay que saber recrear en sentido inverso el sendero recorrido por el poeta. Si no, nos quedamos a oscuras, aunque nos halague el juego de imágenes que, borrosa su identificación metafórica, se nos quedan en gratuitas imágenes vagamente sugeridoras y verbales. Con esto sólo hay ya suficiente elemento de goce poético, pero el designio del poeta que nos invita al descifre queda malogrado por pereza o incapacidad del lector. No obstante, hay que agregar que la carga de arbitrariedad y el prurito de alejar el lenguaje directo son tan extremados, que la responsabilidad del fracaso intérprete hay que endosársela en parte al poeta. Pudo suceder esto alguna vez a Góngora, más a Guillén, más a Mallarmé y no menos al Miguel "perito". No creo que haya un solo lector, que lo hubiera en 1933 tampoco, capaz de dar la solución a todos los acertijos poéticos que propone. Porque son acertijos en los que rara vez entrega disimuladamente la solución deslizada. El acertijo es un género poético tan antiguo como la poesía popular, y el doble o triple deleite de la agudeza, de la sorpresa y de la emoción poética (que es compatible cuando el oráculo es de verdad poeta) se conjugan en una síntesis deliciosa. Entre nosotros, también la poesía de Pedro Salinas en su etapa de fábula y signo, aunque Salinas solía dar la solución demorada al final del poema.

Veamos, como muestra, el número XXIII:

> Sobre el patrón de vuestra risa media,
> reales alcancías de collares,
> se recorta, velada, una tragedia
> de aglomerados rojos, rojos zares.
> Recomendable sangre, enciclopedia
> del rubor, corazones, si mollares,
> con un tictac en plenilunio, abiertos,
> como revoluciones de los huertos.

No hay palabra sésamo. Hay sólo una "aglomeración" de imágenes en que dos ideas, la del color rojo y la de multiplicidad, nos pueden ayudar a dar con la clave: granadas. El resultado poético es ciertamente bello y valdría la pena compararle con el poema sobre el mismo fruto de Valéry. Pero no es solamente bello, sino que la mención expresa de palabras como sangre, tragedia, zares, revoluciones, nos salpica de emociones intensamente humanas y hasta apremiantemente actuales de 1933.

Suele despreciarse este libro primerizo por considerarlo indigno del gran Miguel Hernández, del poeta todo arrojo y corazón y audacia de expresión patética. No lo estimo justo. Este paso, tan prematuro y ya tan firme, era necesario para llegar a aquella furiosa y trágicamente malograda primera plenitud que, ¡ay!, no había de tener segunda.

GERARDO DIEGO.